

Un viaje a la China

Eduardo Dargent Chamot

Un viaje a la China

18 a 26 de mayo 2014

El doce de mayo inicié un viaje maravilloso a la China, el Catay de Marco Polo y meta frustrada de Colón. Como historiador tenía mucha curiosidad por visitar los palacios, pagodas y demás hitos históricos que guarda este país muchas veces milenario y con la población más grande del planeta que bordea los mil trescientos millones de habitantes. Un país además que con su cultura gastronómica conquistó nuestros paladares a mediados del siglo XIX. Tenía algunas ideas bastante actualizadas de lo que iba a encontrar e ideas preconcebidas del proceso de cambio en el que estaba este gigante. Nunca, sin embargo soñé siquiera lo que iba a encontrar sobre su pasado y su futuro.

Quería ver la modernización de este país que hasta hace muy poco era considerado atrasado y ahogándose en un socialismo trasnochado. Un país de pistas vacías transitadas casi solamente por bicicletas en ingentes cantidades y unos cuantos vehículos militares.

El motivo del viaje estaba relacionado a mi actividad académica como investigador de la Escuela de Turismo y Hotelería de la Universidad San Martín de Porres. Mi libro “Vino y pisco en la historia del Perú” había quedado como finalista en el concurso anual de los mejor libros de gastronomía del mundo en la categoría de Historia del vino. Había llegado a finalista después de dos selecciones y se enfrentaba, en la etapa final a otros cinco libros que venían de Francia, China, Estados Unidos, Reino Unido y Australia.

Llegué a Beijing después de pasar unos encantadores días con mis hijos Felipe y Gabriela en Montreal, cuando solo faltan pocas semanas para que nos regalen a nuestro primer nieto. Al dejar el aeropuerto de Montreal sabía que habían terminado las vacaciones y tenía que centrarme en las actividades de los próximos

días. Gracias a nuestro embajador en Beijing, miembro de la Academia Peruana del Pisco, se me había pedido una conferencia sobre el vino y el pisco con la “Asociación del Pueblo de Beijing y la amistad con el mundo” lo cual haría más fructífera mi presencia.

La primera sorpresa fue que cuando ya en el hotel hablé con la persona encargada de programar la conferencia caí en cuenta que en China era domingo y la conferencia era al día siguiente. Yo había planeado, pensando que llegaba en sábado, dedicar el domingo a conocer el centro de Beijing. No había nada que hacer. Ya estaba anocheciendo, había volado 13 horas y opté por dormir todo lo que pudiera, lo cual considerando que uno vive en las antípodas de la capital china, es difícil por el cambio horario. Tomé una foto de la habitación del hotel y la mande a mi familia indicando que hasta ese momento, esa era la única imagen que tenía de China.

Al día siguiente, temprano, me fue a buscar un vehículo de la embajada que me llevó al centro. Pude ver la famosa plaza de Tian An Men, pero el deseado paseo por la ciudad prohibida se frustró porque, entre sus modernidades, los chinos han imitado la costumbre occidental de cerrar los museos en lunes. La alternativa fue ir al parque Jingshan también conocido como colina del Carbón, una colina, artificial, con varios templos y glorietas entre una naturaleza cuidada, sin exageración, que da una gran paz. Además de las estructuras y un bello Buda en la parte superior, lo bonito de éste como de todos los parques chinos es que los chinos no los sienten solo como un recuerdo muerto de su pasado. Siguen yendo a los parques a leer, a jugar cartas, e incluso a bailar. Estamos acostumbrados a los que hacen Tai Chí, pero, costumbre aún no asumida en Lima, van a los parques a bailar. Desde una pareja bailando hasta un estruendoso grupo danzando juntos “Macarena”.



Cerro de Carbón: Buda y Pagoda

Desde la colina de Carbón se tiene una vista de la Ciudad Prohibida que permite darse una idea de lo que significó en la historia de China. Terminada la visita fui a la Embajada del Perú y de allí pasé con el embajador a su casa para almorzar. Había llevado todo para cambiarme y estar listo para la conferencia. Al llegar al lugar nos esperaban varias personas que nos recibieron y acompañaron a un salón, en el cual hubo muchas palabras protocolares, intercambio de regalos y fotografías antes de pasar a la sala llena de gente esperándome.

La conferencia versó sobre el desarrollo de la viticultura en el Perú y su proyección al futuro. Hice una referencia de como en la china la *Vitis vinífera* tiene más de dos mil años mientras que en el Perú no alcanza aún el medio milenio. Hablé también de la presencia de descendientes de chinos entre los productores de pisco. Hubo preguntas interesantes sobre producción, posibilidades de entrar más en el mercado chino aun cuando hoy por hoy el 25% de la exportación se hace a ese país.

Terminado el evento, una estudiante de español, conocida de la embajada, me acompañó a hacer algunas compras en el “Palacio de la seda” un emporio comercial de varios pisos especializado, por pisos, en todo tipo de productos desde joyería hasta electrodomésticos, donde la gracia está en que los relojes, carteras, pañuelos y demás de marcas famosas son falsificaciones y a precios muy baratos. Luego de la maratónica jornada, y sufriendo aún del famoso “jet lag”, fui a recoger mis credenciales para el evento y llegué al hotel a dormir.

El martes amanecí totalmente recuperado. En la tarde era la ceremonia de Gourmand. Al salir de la habitación encontré a Sara Beatriz Guardia y sus hijos César y Carla, que se preparaban a iniciar el día y me invitaron a ir con ellos al Palacio de Verano. Allí un amigo peruano que vive en Beijing acompañaría el recorrido.

Como César es muy bien orientado, nos fuimos en el metro. Una experiencia realmente porque lo tomamos en la hora punta y pudimos experimentar lo que había visto en videos de los apretones necesarios para que entren todos en el tren, pero desde adentro. Debíamos ir casi hasta el final de la línea y a medida que nos acercábamos al centro la presión fue aumentando. Pasado éste rápidamente el metro quedó casi vacío. La limpieza y la organización del sistema es un orgullo de la capital China.

Un detalle importante para los viajeros es el hecho de que por ley, en todo el sistema de transporte del país, desde trenes a autopistas, los nombres y las instrucciones importantes, están escritas tanto en caracteres chinos como en occidentales.

En la estación estaba Juan, el amigo de Sara Beatriz, literato peruano que fue a enseñar español a la universidad de Beijing hace más de tres década y se quedó para siempre. La entrada al palacio es a menos de una cuadra de la salida del metro. El Palacio de Verano es una serie de construcciones con muchas de ellas

en el estilo del budismo tibetano, colocado en una colina atrás de la cual hay un enorme lago, uno de cuyos brazos rodea el palacio creando una calle de agua por delante sobre la que se encuentran pequeños negocios.



Pabellón del Palacio de Verano

En uno de los pabellones en la parte del palacio que da hacia el lago, hay un enorme Buda bellísimo. Allí como en los Budas que vi antes y después, se aprecia la profunda devoción que existe en China por esta figura sobresaliente de la filosofía. Los escalones de subida eran interminables y aún faltaba lo peor. Llegados al pináculo se iniciaba la bajada también interminable hacia el lago. Recorrimos varios trechos de escaleras empinadas hasta que decidimos regresar. No hay un metro cuadrado que no esté ocupado por pabellones, uno dedicado a una colección de tejas diferentes de las muchas etapas por las que pasó la construcción del palacio. De inmediato iniciamos la vuelta, a las carreras, al hotel para almorzar y prepararnos para la ceremonia. A esa hora el metro estaba con pocos ocupantes y el retorno se hizo muy cómodo. El sistema es muy didáctico, y sabiendo uno en qué estación se debe subir y en cual bajar, no hay posibilidad de perderse. Ahora que si uno se pierde, se pierde para siempre porque nadie habla

otra cosa que no sea chino. Una recomendación muy importante es siempre llevar la dirección escrita en chino, de tal manera que la gente, que es muy amable, lo pueda ayudar.

A las cuatro de la tarde en el teatro municipal de Daxin, con la presencia del alcalde, se inició la premiación de los libros del Gourmand 2014. Tras unos premios especiales, llegó el momento de los de vino. Cuando tocó el turno de “Historia del vino” pusieron a los 6 finalistas y anunciaron que el ganador era el mío. Debo decir que en un primer momento, y no creyendo que iba a ganar, no me di cuenta y fue Sara Beatriz quien me hizo reaccionar. “¡Eduardo. Ganaste!”. Subí al escenario, saludé a Edouard Cointreau, recibí el diploma y agradecí a Cointreau, su organización, a la República China, las ciudades de Beijing y Daxin, y en forma muy especial a nuestro decano por su constante apoyo a la investigación y publicación de trabajos sobre la gastronomía peruana.



Con el embajador Gonzalo Gutierrez

Al terminar la premiación, un grupo de Palenqueros colombianos, que habían ganado con un libro de gastronomía y apoyo social, se tomaron el escenario y todo fue una fiesta.

Del teatro pasamos a la cena al hotel y terminamos celebrando con unos venezolanos y argentinos. Pedí que me conectaran el internet, que ha sido un infierno durante toda la estadía en china, y pude informar a Leticia, a mis hijos, a mi decano y a la oficina de prensa de la universidad de la nueva. Por su parte el Embajador Gonzalo Gutiérrez preparó una nota de prensa que envió a Lima y fue publicada a la mañana siguiente. Poco después comencé a recibir mails de felicitaciones, pero ésto duró poco porque luego de eso no pude volver a comunicarme por ese medio.

Algunas veces lo que comienza como un desastre, no solo se arregla sino que termina mejor que lo planeado inicialmente. El miércoles 21 era la segunda jornada de premiación. Era mi último día en Beijing y no había visto la Gran Muralla. Una o dos semanas antes de salir de Lima soñé que estaba en el aeropuerto de El Cairo esperando mi avión y caía en cuenta que no había visitado las pirámides. Ese sueño me perseguía. Podía quedarme sin ver la Ciudad Prohibida, pero no la muralla.

Considerando eso tomé un tour que con suerte me permitiría estar de regreso al menos para la cena si no para la premiación. Un taxi del hotel debía llevarme a otro hotel en el centro donde era la recogida. El chofer, un mongol llamado Timor, al parecer se durmió y para cuando nos acercábamos al centro y su infernal tráfico, llamé al guía para preguntar si aún tenía tiempo para llegar y me dijo que no. Que desde donde estábamos nos faltaba aún una media hora y no podían esperar. Le pedí ayudarme pues era mi último día y no podía quedarme sin ver la muralla. Habló con Timor y le dijo que en vez de ir al hotel se dirigiese a la muralla.



Dos vistas de la Gran Muralla China

Cambiamos de dirección y de tarifa y salimos hacia el destino dado por el guía. Cuando llegamos volví a llamar al guía para saber dónde lo encontraba y me dijo que ellos estaban en otra parte de la muralla y que el taxista me acompañaría en el recorrido. Así, sin programarlo, tuve una visita “privada” acompañado de este mongol simpatiquísimo cuyas 15 palabras de inglés y las dos más de mandarín fueron suficientes para que recorriéramos los (como siempre) interminables escalones de la arquitectura china.

Recorrimos trechos de la estructura más fabulosa del mundo, entramos en los bastiones, en los que Timor aprovechaba para defenderse del sol que nos hacía sudar a cántaros y el pobre muchacho, gordo y panzón a pesar de sus 40 años, debió haber maldecido mil veces el haberse quedado dormido esa mañana. Creo que también era su primera vez en la muralla y además me señalaba que la construcción había sido hecha por los chinos justamente para defenderse de los bravos mongoles. Nos tomamos fotos y pasamos un rato muy agradable.

Al llegar abajo conseguimos agua y algunos dulces para recuperar las fuerzas y compré mi primer peluche para mi nieto Julius que llegará a fines del próximo mes. Un panda como corresponde hacer en la China.

Antes de regresar al hotel pasamos por la villa Olímpica y pude ver el estadio “Nido de pájaro”. Para entonces la pila de la cámara se había acabado por lo que no pude tomar ninguna foto. En todo caso, eso de los estadios no ha sido nunca de mucho interés para mí pero valió la pena ver esa estructura que ha salido en todos los medios por su originalidad.

Al medio día ya había llegado al hotel por lo que pude almorzar y estar listo para asistir a la segunda premiación. Nuestros libros obtuvieron segundo y tercer puesto respectivamente.

El único “Best book of the world Gourmand Award”, para el Perú ese día fue el de Marisa Giulfo. Realmente un merecido reconocimiento a una vida dedicada a resaltar la cocina peruana. En la cena que siguió a la ceremonia, pude acercarme a felicitarla, y como “en Lima todos se conocen” resultó que una de las acompañantes me habló de mi tía Yvonne y la otra con sorpresa me preguntó: ¿Tú eres el esposo de Letty? Y como yo no conozco a nadie y/o tengo pésima memoria para esas cosas, no tengo ni idea de quiénes eran.

Finalmente llegó el 22, día de ir a conocer Xian y sus soldados de terracota. En el aeropuerto me esperaba una guía que hablaba muy buen español y quien me fue explicando la historia de las figuras que iríamos a ver. Pasamos antes por una fábrica donde hoy hacen replicas perfectas para que pudiese ver como es que estaban hechas las originales. El lugar era además, una tienda de souvenirs, muchos hechos allí mismos y otros traídos. Compré una alfombra de seda para Leticia.

Según lo que se sabe, el emperador que mandó construir su tumba rodeada de galerías y miles de soldados y caballos cada uno con rasgos faciales diferentes, fue cruel y odiado por el pueblo, por lo que después de muerto los campesinos destruyeron las figuras y quemaron el lugar. Por eso los arqueólogos encontraron todas las figuras rotas y marcas de incendio. Pero la paciencia china lo puede

todo, y las figuras van siendo reconstruidas cual rompecabezas y día a día nos entregan documentos magníficos de una china milenaria.

Tal vez sorprenda al occidental el hecho de que la enorme mayoría de visitantes son, no turistas del mundo, que los hay, sino chinos que vienen a conocer su patrimonio, su historia y a sentirse orgullosos de ella. Ojala ocurriese eso de manera espontánea en nuestros países. Tanto que conocer y tan poco interés



Los soldados de terracota de Xian.

Pero Xian, por más que pudiésemos hablar horas de ello, no es solo los guerreros de terracota. Debo decir que de lo visto en China esta ciudad es lo que más me ha gustado. Xian es una ciudad de provincia y cuando uno escucha que hay que ir a visitarla si se está en Beijing, uno se imagina que es como ir a Pachacamac porque se está en Lima, pero no hay punto de comparación. Ante todo Xian queda a dos horas de avión o cinco de tren rápido de la capital, Además Xian tiene ocho millones de habitantes. Es una ciudad ordenada que crece en modernidad pero que protege su centro histórico rodeado de antiguas murallas.

Como inicio de la “Ruta de la Seda”, mantiene una comunidad musulmana desde hace siglos. Este pequeño grupo que ha sabido conservar su identidad, tiene en el medio de una serie de ruidosas calles comparables con los alrededores de lo que era el mercado de Lima pero con calles más estrechas llenas de puestos y motocicletas, una mezquita preciosa que es un remanso de paz en medio del caos que reina afuera.



Mezquita de Xian

La mezquita tiene algunas contradicciones al Islam clásico ya que vi algunas estatuas de animales, en particular dos tortugas, las cuales en la mitología china representan a uno de los hijos del dragón. Nada menos que el encargado de llevar las cargas pesadas. Por otro lado junto con inscripciones en chino, se pueden ver algunas antiguas en árabe.

Otra reliquia patrimonial que no se puede dejar de ver en Xian es la Pagoda de la Oca. Este centro ceremonial fue iniciado por un monje que fue hasta la India para aprender del budismo y regresó a la China, tradujo muchas de las escrituras y fundó el monasterio al que se fueron uniendo más religiosos.

El nombre de la pagoda viene de una leyenda que impresionó al fundador en la India. Dice la leyenda que unos monjes que se morían de hambre pedían al Buda una ayuda y un día que un grupo de ocas volando en su típica formación en “V”, pasaron sobre el monasterio y vieron el sufrimiento de los monjes, decidieron inmolarse precipitándose al suelo y muriendo en el acto, para que los religiosos tuvieran qué comer. Los monjes impresionados por el sacrificio, no se las comieron sino que las enterraron. No tengo nada claro cuál es la enseñanza de ésta historia, pero como en todos esos misterios religiosos, es mejor dejarlos allí.



La Pagoda de la Oca de Xian

La salida de China a Hong Kong, que tiene un sistema económico diferente aunque es parte de China, es como si uno se fuera a otro país. Se presenta el pasaporte para el chequeo de policía y todo. A diferencia de la China que exige una visa a los peruanos, para Hong Kong no es necesario el visado. El vuelo dura dos horas y media desde Xian y al acercarse el aterrizaje se puede ver las muchas bahías e islas que hay en la península que fuera colonia inglesa hasta 1997. El aeropuerto está en una isla artificial adosada a la isla de Lantau, y para llegar al

centro de la ciudad es necesario pasar por un bellissimo puente que une Lantau y la isla de Tsing con el continente.

Como a las cuatro de la tarde del viernes ya estaba en el hotel, tomé un tour que se iniciaba con la visita a un mercado nocturno que recordaba mucho a los alrededores de la calle Capón en Lima donde los cantoneses que llegaron al Perú desde mediados del siglo XIX supieron reproducir sus costumbres. Además de muchos puestos de venta de productos para los turistas, el mercado incluye restaurantes, carnicerías y todo lo que requieren sus habitantes.



El mercado nocturno de Hong Kong

El punto principal del tour era una cena a bordo de un barco que recorría la bahía y desde donde se podían apreciar los juegos de rayos láser que se hacen desde varios de los edificios más altos de la ciudad.

El sábado 24 lo inicié con una visita al malecón de la fama de los artistas de cine de Hong Kong, de los cuales solo conocía a Bruce Lee, cuya estatua es la única del paseo y a Jackie Chang cuyas manos impresas en el cemento son

fotografiadas por los turistas. Lo más interesante del malecón, en todo caso para quienes no sabemos nada de cine Honkonés, es la vista de la bahía con sus imponentes edificios modernísimos.



Vista de la ciudad

La siguiente parada era el monasterio Po Lin en la isla de Lantau. Luego de cruzar a la isla por un túnel bajo el mar, se toma un funicular que recorre en una media hora, la distancia hasta el monasterio. Allí se sirvió a los visitantes un excelente almuerzo vegetariano. Compartí la mesa con unos italianos de Roma y una familia que creo era de Indonesia.



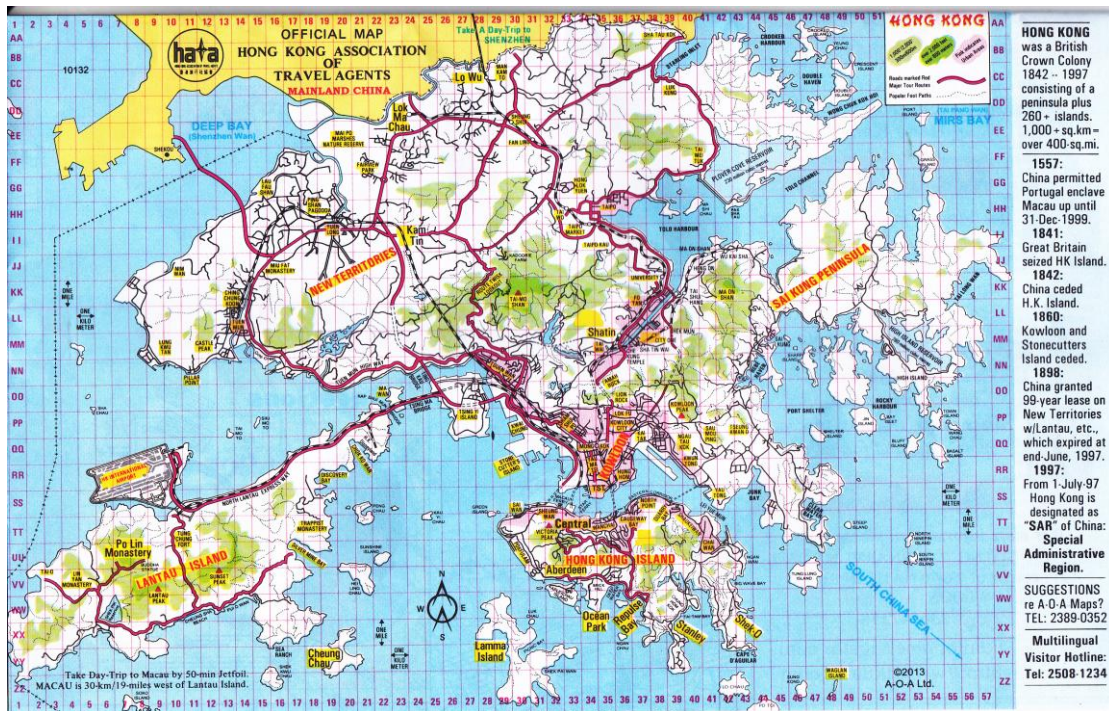
El Buda de Po Lin

La vista del Buda de Po Lin es imponente. El monasterio existe allí desde hace mucho, pero la estatua es de 1979 aproximadamente. La estatua mide 34 metros de altura. El interior es hueco y allí hay toda una sección de altares familiares además de tienditas. Cuando se inauguró el Buda de Po Lin, un monasterio budista de Sri Lanka obsequió unas reliquias de Buda consistentes en unos cristales que se formaron en la incineración y los cuales, pueden decir si el propietario entró al cielo o no. Aproveché para hacer unas ofrendas y pedir por la salud de todos los de la familia. La verdad es que ante la estatua de Buda siempre se siente una paz muy especial.

La siguiente parada fue en una aldea de pescadores. El gobierno les ha construido unos edificios muy bonitos, pero según el guía no se mudan y siguen viviendo en una horrible "favela". Yo creo que en eso hay mucho de cuento para turistas, pero les funciona y el recorrido está atosigado de personas mirando los puestos de ventas de pescado donde se puede ver los bichos más raros y feos que he visto. Había un tiburón sequísimo colgado de la cola, unos pescados vivos en cajas de plástico tal como hacían los romanos para mantenerlos frescos antes

de la invención de refrigerador. Un pescado que mostraba una boca que parecía corresponder a un peje del doble de tamaño del que tenía, unos calamares secos y una parte de un pescado que no decía el nombre, pero que cuesta como 20,000 dólares el kilo. Con un argentino que estaba en el tour concluimos que eso solo podía ser también un truco turístico ya que de valer eso ya se lo habrían robado.

En la noche salí a caminar por los alrededores del hotel. Muy cerca encontré una tienda de carteras muy bonitas y compré una para Leticia. Más tarde comí en uno de los restaurantes del hotel. Comida italiana. Ya necesitaba algo de comida occidental.



Mapa de Hong Kong

Y llegó mi último día de viaje antes de iniciar el retorno. Tenía contratado un tour de la ciudad que resultó muy interesante. La primera parada fue en "Victoria Peak", un punto alto de la isla Hong Kong desde donde es posible ver toda la ciudad. No hace uno sino sorprenderse más a cada momento de lo que es Hong Kong y la China en general. De allí pasamos a una tienda de joyas que a diferencia de la de ayer, encontré bastante pesada por la insistencia cargosa de las vendedoras. En cuanto uno entra te ponen una vendedora como marcador de

fútbol, que trata que compres con el argumento del día de la madre, un regalo para la esposa, y que se yo que otros argumentos pero de manera pesada. Había pensado quizás comprar algo pero me molestó la actitud y me fui a conversar con el guía y un argentino hasta que salimos. Luego pasamos por un mercado de artesanías y copias de marca. Compré una pulsera más para Leticia y un gato que mueve la mano. Lo más interesante fue una florería en la que había orquídeas y otras flores muy raras que nunca había visto. Para terminar fuimos a un muelle desde el cual nos paseamos en un Sampán entre barcos pesqueros y yates maravillosos mientras veíamos la bahía de Hong Kong con sus enormes edificios. Lo que más llama la atención en ese lugar es un enorme restaurante flotante de varios pisos al que se llega con un ferry.



Restaurante flotante

El final de la tarde lo pasé paseando por los alrededores y ordenando las cosas en la maleta. Antes de dormir me fui a una pizzería sobre el malecón a unas tres cuadras del hotel a admirar por última vez esta bella ciudad.

El lunes, me pasaron a buscar a las 5 de la mañana para llevarme al aeropuerto. El vuelo fue muy largo de regreso a casa. Cuatro horas hasta Narita en Tokio para comenzar, y tomar el Air Canadá. Desde el aire pude ver los campos de Japón. Como el avión iba bastante bajo durante un buen rato gocé viendo las casas, caminos y varios campos de golf. Quizás algún día llegue a conocer este país de tantos amigos.

Las siguientes etapas fueron sin descanso porque al llegar a Toronto después de unas doce o trece horas de vuelo, la conexión fue inmediata a Lima. Siete horas más tarde llegué a casa.